

dos y serenos que todo cuanto se pudiera decir sobre la circunspeccion, el esmero, la seguridad, el aplomo, la fuerza, la buena fé, la sinceridad de la ciencia católica y de sus procedimientos.... como el que seguro de su triunfo desdeña toda arma sospechosa de mala ley.... y solo quiere la victoria por la razon!

Allá en el siglo XI.... un monje que primero fué Abad de una abadía, célebre por la fama de su saber y más tarde Arzobispo de Cantorbery, siendo al cabo venerado como santo sobre los altares... un dia.... inventa un argumento deslumbrador por lo elevado y lo científico, y que consiste nada ménos que en descubrir en el seno mismo del alma la idea de Dios en caracteres tales, que le sirven para reconocer y demostrar su existencia, haciendo así del conocimiento de la misma razon humana el punto de partida para elevarse al conocimiento de Dios!.. Siglos más tarde—otro dia— un innovador presuntuoso descubre y plagia este argumento olvidado entre el polvo de los pergaminos claustrales; y este plagio decretó su inmortalidad! Es un arma que derrota á los adversarios de la existencia de Dios. Los mismos derrotados lo confiesan... Estamos en la víspera de las grandes batallas sobre esa idea. No está lejos el dia en que el ateísmo coronado verá celebrarse su fiesta oficial sobre los altares de Nuestra Señora. Pues bien; hé aquí que del seno mismo de los hijos de Dios, del fondo mismo del santuario, se levanta la voz de la ciencia católica á gritar ante los anonadados adversarios... "Tened... esa arma no es de buena ley... no la podemos esgrimir nosotros.... no queremos vencer con ella, serviríamos á la verdad con las armas del error—ese argumento, ante el que os sentís aniquilados no es argumento—es un sofisma de tránsito, el sabio y el santo se equivocó: de que Dios sea lo más perfecto posible que se pueda pensar, de que de lo más perfecto que se pueda pensar deba pensarse la existencia, no se sigue que esa existencia deba darse en la realidad, sino en el orden ideal solamente!

¡Ah señores! No sé lo que perderá la causa de la existencia de Dios ante la pérdida de este argumento, pero si la razon de los que ven á la ciencia católica, por labios de Santo Tomás y de su escuela, en los antiguos y los modernos dias romper entre nuestras propias manos arma de tanto valor, no se postran ante la buena fé y ante la seguridad y confianza de la ciencia católica, no sé ante qué se podrán postrar. Porque espectáculo tan hermoso solamente podría ofrecerlo en los dias legendarios de la caballería el Paladín que blandiendo en lo más reñido del torneo una arma encantada, la arrojase lejos de sí, al ver huir á su enemigo, para rendirle de nuevo, una y otra vez, con la espada sin tacha del caballero.

No, la existencia de Dios no se puede demostrar por argumentos *a priori* que merecen la acusacion de impiedad con que justamente los anatematizaba Vico, en razon á que estos argumentos la negarían en vez de demostrarla, toda vez que intentar demostrar *a priori* á Dios, equivale á asignar una causa á lo que precisamente se llama Dios por ser causa de todas las causas del Universo.

Dios, el ser por esencia, el ser realísimo, el ser en cuya esencia se encuentra la razon de su existencia, el ser absolutamente necesario y soberanamente perfecto, causa eficiente del mundo y distinto de él, el acto puro, el motor inmóvil, la primera causa y el último fin, puede ser demostrado por la razon, digan lo que quieran los *tradicionalistas*, que al negar á la razon el poder de esta demostracion, niegan á la misma revelacion todo racional fundamento, digan lo que quieran los *ontologistas*, que al proclamar la vision intuitiva de Dios como primer objeto del entendimiento, confunden el *ente realísimo* con el *ente abstracto*, trastornando toda la clasificacion ontológica del *ser*; diga lo que quiera Kant, que para negar el conocimiento de la existencia de esta gran realidad trascendente, tiene que asentar la impotencia de la razon para concluir del conocimiento del *fenóme-*

no la realidad del *noumeno*; diga lo que quiera Jacobi, que para establecer su *conocimiento instintivo*, tiene que destruir la naturaleza racional del hombre, la base de toda certidumbre y la objetividad de toda verdad; diga lo que quiera Lamennais, que para aplicar su ingeniosa teoría de las demostraciones á Dios, tiene que confundir la *conexion lógica* con la *conexion real* de *orden de la demostracion* con el *orden de la existencia*; digan lo que quieran, en suma, las escuelas idealistas, excépticas y positivistas, que no pueden arrancar de la esfera de las demostraciones racionales, la existencia de esta gran realidad, sin negar, mutilar ó destruir jellos, los pretendidos apóstoles del orgulloso racionalismo, las fuerzas innatas de la humana razon, que á trueque de que no pueda volar tan alto, despojan de sus alas, para que en vez de ascender al cielo, se arrastre como reptil por entre el fango y las tinieblas de la tierra!

Pero si Dios no puede ser demostrado "a priori," porque esta demostracion sólo conviene á los seres que reconocen una causa anterior (sean los que fueren los prodigios de sutileza, de ingenio y de habilidad, de que dan muestra los argumentos de San Anselmo, Descartes, Leibnitz y Mendelsohn) no cabe duda que puede ser demostrado con deslumbradora claridad "a posteriori," por la magnífica série de demostraciones que todos conocéis, desde la que estriba en la contemplacion de la maravillosa armonía y del esplendente orden del Universo, hasta la que se basa en el consentimiento comun del linaje humano, coronadas por aquellas cinco maneras con que el Aguila de la Ciencia cristiana, el Angel de las Escuelas, expone y condensa la demostracion metafísica de Dios; por el "movimiento," que supone el "motor inmóvil," por el "orden de las causas eficientes," que presupone "una causa superior," por los "diferentes grados de perfeccion en los seres," que reclaman *un ser absolutamente perfecto* como *causa* y como *ejemplar*; por la "contingencia de las cosas

todas de este mundo," que proclama la absoluta necesidad del "Ser absolutamente necesario," y como tal, *eterno* y *perfecto*; y, finalmente, por la existencia de las *causas finales*, que exige necesariamente *fuera de ellas*, la existencia de una "inteligencia superior." (Aplausos.)

III.

Así, por estos procedimientos tan firmes, tan sólidos y tan pausados, la ciencia católica habia ascendido por la escala lógica y geométrica del raciocinio, en el orden de lo inteligible, al conocimiento de la existencia de *Aquel Sér*, que una vez descubierto, tenía que determinar su *esencia* por el mismo hecho de su *existencia*, y una vez determinado, ser como el fundamento y la sancion de todos los órdenes de la vida.

Por eso, en los dias grandes de la cristiandad, la idea de Dios, establecida por la Religion y la ciencia como la verdad fundamental de la civilizacion europea, era como uno de esos tesoros ya definitivamente adquiridos al caudal de la humanidad, y que constituyen su más preciado patrimonio. La idea de Dios, de Dios vivo, personal y providente, informaba toda la vida social desde los primeros vagidos del niño, que abría desde la cuna, casi á un mismo tiempo, sus ojos á la luz, y su espíritu á la idea soberana de Dios por los amorosos labios de su madre, hasta los reyes y los pueblos que no creían, y con razon, legítimas ni debidas su autoridad y su sumision, si no tomaban de Dios el origen y el modelo de su poder y de su obediencia.

El Dios que la filosofia escolástica demostraba serenamente *a posteriori* como una verdad metafísica cualquiera, era aquel Dios que los *libros sagrados* nos presentan en toda la divina grandeza y angusta majestad de su gloria en el *Antiguo testamento*, y en toda la amorosa mansedumbre, dulzura y benignidad de su bondad inagotable en el *Nuevo*, el que la teología nos enseña en todo el esplendor de sus divinos atributos y en la sublime distincion de las Tres distintas

Personas que subsisten en la misma Esencia divina; el que el misticismo cristiano nos señala latente en el mismo *Centro*, en la *morada interior* del espíritu. El, esperando la *amorosa cita*, la *secreta llegada* de la *esposa fiel*, durante la *Noche oscura del alma*, y el que la mano venerable del anciano Sacerdote nos ofrece todos los días sobre la mesa del altar como *Pan de los Angeles*, que nos da vida, con la unión íntima y estrecha de la criatura y el Creador llevada á cabo por tan sublime como amorosísimo misterio.

Y la compenetración y la coexistencia de estos tan distintos como armónicos elementos, en nada se manifiesta tan gráficamente, á mi modo de ver, como en aquel grandioso cuadro que nos ofrece la historia medio-eval de las tradiciones monásticas, cuando allá en los sombríos claustros de la antigua Abadía de Monte-Casino, cuna ilustre de las gloriosas Ordenes que roturaron y civilizaron á Europa, el tierno y piadoso vástago descendiente de los emperadores de Alemania y de los príncipes normandos conquistadores de Sicilia, que un día se había de llamar Santo Tomás de Aquino, planteaba y resolvía ante sus compañeros de juegos y de estudios esta sencilla cuestión:

Quid est Deus.

¡A este grado de *solidez* había llegado la idea de Dios en la gran Europa Cristiana! ¡Era el fundamento del orden moral, la base del orden social, la sanción del orden político, el coronamiento del orden religioso!... y en vez de sepultarle en los misterios de los ritos ocultos, en el secreto de las enseñanzas isotéricas, en los geroglíficos de los libros sagrados, en la iniciación de las castas sacerdotales, las explanaba y desarrollaba al aire libre, y á la luz con la hora de la creación, ante sus compañeros de la infancia, un niño de diez años!... y los argumentos de *aquel niño*, todavía están en pie después de 7 siglos de crítica y de controversia.

Calcúlese, pues, lo que habrá sido necesario andar... ¡y por qué caminos!

para que hoy, el conjunto de hipótesis gratuitas y casi siempre absurdas, que usurpan, monopolizan y deshonran el augusto nombre de *ciencia* por antonomasia, pretendan con tanta jactancia como sinrazón, que "la idea de Dios ha hecho su tiempo y que ya sólo ofrece un interés arqueológico para todos los que mereciendo el título de sabios no participan de las infantiles creencias en los cuentos de viejas de otras edades."

Seguramente para llegar á dirigir contra la idea de Dios "los últimos golpes" que con tanta urgencia reclamaba el tristemente célebre Naquet, para poder vomitar contra ella las blasfemias satánicas de Proudhon, para formular en el grito de *guerra á Dios*, el lema del programa de reivindicación social de la revolución cosmopolita, para llegar en suma al *delirium tremens* de la *ateocracia* contemporánea en su odio frenético contra la idea de Dios, ha sido preciso saltar por encima de muchas cosas... de las cuales no es esta ocasión, momento ni sitio para hablar, pero hay que confesar que si en los primeros saltos fué atropellada, llevó después de la mano, en el resto de la carrera, á los salteadores, obligándoles á asaltar á veces mal de su grado, esa *gran fuerza* que ejerce su soberano poder hasta en los momentos mismos en que más se la desconoce y se la niega, la *lógica* que semejante á la vieja sajona de la popular leyenda de *Iwankhoe*, víctima de los sicarios normandos, en vez de huir, ó dejar entre sus manos la vida, se queda á vivir entre sus verdugos, participando de sus infamias y devorando, es verdad, sus ultrajes pero para forzar su mano, vacilante á veces, á mayores y más odiosos crímenes, hasta que colmada la medida de los errores, arda y se derrumbe de una vez la guarida de todo ellos... y por entre los escombros humeantes y las llamaradas vengadoras se distinga en lo alto de la torre, próxima á desplomarse, la siniestra figura de la venganza entonando su cántico de victoria.

Gracias á eso (y limitándonos estrictamente al terreno metafísico) la filosofía

moderna, comprendiendo bajo este nombre á la que se opone irreductiblemente á la antigua filosofía cristiana, plantea ya mal de su grado, las últimas conclusiones de aquel gigantesco silogismo, que según nuestro gran historiador de la filosofía, vuestro hermano de la sede ilustre sevillana, abarca el *proceso* de la ciencia negativa de estos tres últimos siglos y merced á los cuales se ve forzada al mismo tiempo que á negar á Dios ó á concederle imposible, á negar y destruirse á sí misma.

Si Dios es una abstracción metafísica—si ya no hay más Dios que la *materia* y que la *fuerza*, la filosofía tiene que ceder su puesto á la *ciencia experimental*, á la CIENCIA, que al despedirla *groseramente*, ya ni siquiera como pretendió hacer con Dios, le dá las gracias por sus *provisionales* servicios, antes destruyéndola al depósito de la *vieja quin-callería*, sin respeto, ya que no á los nombres de San Agustín y de Santo Tomás, de Aristóteles y de Platon—da con el pié—de paso, á la misma razón humana, á aquella razón que iban á proclamar *soberana*, y que ya no es más que una *secreción viscosa* del cerebro, por el estilo de la *saliva* ó de la *bilis*, incapaz de ninguna afirmación ni negación, y reducida como sola manifestación de su soberano poder, ante toda clase de problemas, á un constante *encogimiento de hombros*, bautizada con el pomposo nombre de *ciencia positiva*.

Y mientras el admirable organismo de la ciencia católica, uniendo en un solo foco los espirituales rayos de la razón humana con los celestes resplandores de la divina, encendía en lo alto de la gran pirámide de las ciencias, el lumínico espléndido de la "Ciencia de Dios;" mientras los génius gigantes de la cristiandad, y los oscuros, aunque inmortales obreros del claustro, labraban á los golpes del ciclópeo cincel escolástico, la colossal estatua de la Naturaleza divina, haciéndola surgir del seno informe de la roca granítica de la realidad, más por "negación que por afirmación," arrancando y

destruyendo en el mármol todo lo que confundiéndola con la masa total, impedía la delineación y el relieve de sus contornos; mientras que á la luz deslumbradora y radiante del Sol, que fulgura y esplende en las ofuscadoras páginas de la *suma*, tomaba cuerpo y se destacaba gigante la *sombra luminosa de Dios*, tal como lo adora y acata el theísmo espiritualista cristiano; mientras que por medio de aquella operación *supersubstantial* de que nos habla el Areopagita, nos daba si no el conocimiento *pleno y total* (irrealizable cuando se trata de lo "infinitamente cognoscible") el "relativo ó imperfecto que analógicamente podemos tener de Dios mientras no le veamos á la esplendente claridad del "lumen gloriae" en los cielos; mientras que, en fin, se nos enseñaba á través de la misteriosa penumbra del santuario, la inefable é incommunicable "Esencia Divina," basada en su *Aseidad*, que la constituye en el "ser puro, absoluto, primordial, eterno, simplicísimo, soberanamente perfecto y soberanamente uno"... los filósofos espiritualistas incompletos que á semejanza de ciertos seres crepusculares de naturaleza débil y deficiente no tienen fuerza en la retina para mirar al Sol ni fuerza en el corazón para sumirse en las tinieblas, ó abrían como Descartes, la puerta al escepticismo universal, á la destrucción lógica de la ciencia, á la ruina del orden moral, todo entero, con su doctrina sobre la omnipotencia de Dios con relación á la naturaleza y condiciones de las verdades eternas y á la esencia misma de las cosas, con que pretendía dar lecciones de respeto y de "integridad" en lo relativo á este atributo de Dios al Sol de Aquino y al Aguila de Hippona, ó encerrándose en el "deísmo" estrecho y desconsolador, se contentaban como Voltaire y Rousseau, con la noción incompleta de un Dios egoísta, dormido allá en las soledades de su gloria, sin cuidarse para nada de la creación, como padre desnaturalizado que abandona á sus hijos, ó caía con Baile en el "ditheteísmo" de los antiguos maquiécos, ó descendía hasta la apología

del "politeísmo" con Rainal y con otros secuaces de la Enciclopedia.

Pero era ya tarde para semejantes restauraciones, había que *subir* ó que *bajar*; *estacionarse* era imposible, y ese *dios* con que pretendían *decorar* el cielo los filósofos de la Enciclopedia, era *demasiado mucho ó demasiado poco* para los tiempos que se presentían ya, en que extremadas las conclusiones, la arena y el sol tenían que partirse necesariamente para el combate definitivo y total, entre la *Nada* adorada y buscada como Dios por el ateologismo *pesimista* contemporáneo, y el *Sér á sí* que llena con su inmensidad los cielos y pende clavado en esa cruz, de los *católicos romanos*.

En el *zenit* de ese tremendo y pavoroso día estamos ya, señores. Sobre las aguas del Diluvio universal de la impiedad, del escepticismo y de la indiferencia reinantes, no se levanta ya más que un Dios. El que flotó en los momentos caóticos de la creación sobre las tinieblas y las grandes aguas que cubrían la faz del abismo: el que sobrenadó sobre las aguas del diluvio bíblico, dentro del arca de Noé, y el que aplaca y serena las tempestades desde el fondo de la barca de Pedro. Los demás están sumergidos bajo las aguas. El error, reconcentrando sus fuerzas para esta batalla final, definitiva y suprema, ha dado cita en torno del *gran error*, del error de la *unidad de substancia de gran Pan!!!*, á los dos grandes ejércitos del *Monismo*, *Al monismo ideal y trascendente del panteísmo idealista*, y al *monismo cósmico del positivismo materialista*. La *idea* y la *materia* se han identificado en el seno absurdo de la *fuerza*. Lo *inconsciente* ha usurpado el lugar y las funciones de Dios, y el *pesimismo* ha venido á coronar esta pirámide de negaciones, con su *odio al ser* y á la *vida*, elevados á *culto*, en el *suicidio cósmico*, que propone á la *creación* como único medio de alcanzar su anhelado fin—las frías tinieblas de la *Nada*.

Este y no otro es, señores, el *Dios*, cuya falsedad me ordena principalmente

demostrar la *Tesis*, falsedad que no necesita demostración, sino *manifestación* solemne, porque, como observa un gran orador cristiano, así como es privilegio de la verdad que sea necesario desfigurarla para rebatirla, es condición irreparable del error que baste presentarle tal cual es, para que sea rechazado con horror por todo espíritu recto y ordenado.

Y ese Dios que nos ofrece, entre blasfemia y devota, la *ciencia* contemporánea en sarcástico cumplimiento sin duda de aquella tentadora promesa en que se nos ofreció *ser como dioses*, cumplida hoy en el seno inerte de la *Nada*, en que se trata de anegar á Dios y al hombre juntamente, ese Dios que en vez de reunir las perfecciones de todos los seres con totalidad de perfección, reúne y abarca por un lado con totalidad de colección el ser y el no ser de todos ellos, mientras que por otro se nos manifiesta aun *inferi* en vías de *llegar á ser*, y por otro, con *incapacidad metafísica* para la existencia; ese Dios, espíritu que sueña, substancia que se modifica, ser que emana, idea que evoluciona, materia que se transforma, fuerza que se desarrolla y actúa, ese Dios llámase "Categoría de la idea, fuerza inmanente del mundo, Inconsciente, Voluntad, Fuerza, Idea, Absoluto, Naturaleza sensible," ó como se quiera, sólo será una negación, una abstracción sin realidad metafísica, una voz vacía de sentido, y finalmente una mentira para hacer más repugnante la "negación, envileciéndola con la hipocresía," ó será una nueva transformación del eterno Proteo, una exhumación más del senil panteísmo oriental, la vieja contradictoria y absurda universalidad de todas las cosas en una misma y sola substancia que se llama *unidad*, la eterna araña que saca continuamente de su seno la tela de la creación para reabsorberla de nuevo de los vedantes, el "Omnia sunt unum et unum sunt omnia" de los eleáticos; el "Alma, forma informante del mundo," de los estoicos; el "Absoluto, absolutamente uno," de los neoplatónicos; la "Unidad de entendimiento," de Averroes; la "Fuente de luz

primitiva y eterna." del Kabala; la "Naturaleza naturalis," de Escoto Erijena, el Creator et creatura, idem," de Amaury de Chartres; la "Materia prima divinizada," de David de Dynant; la "Mónera divina," de Giordano Bruno; la "Sustancia absolutamente infinita," de Spinoza; el "Et de Cousin; la "Unidad ordenada y armónica del socialismo humanitario y armónico," de Saint Simon, de Fourier y de Leroux; la "Sustancia finita é infinita," de Laménais; sin olvidar el "Infinito absoluto, del pantheísmo," de Krause; el *Yo*, del autotheísmo, de Fichte; lo "Absoluto de la identidad," de Schelling; la *Idea ser*, del Panlegismo de Hegel; el "Primero y el último grado del ser, del sinnertheísmo."

En suma, señores, el mismo *absurdo*, la eterna *contradicción*, la constante *mentira*, el perpetuo *crimen de lesa divinidad*, que, pasando del *emanatismo* al *realismo* y de éste al *idealismo* á su vez se despoja de la investidura sacerdotal, de la clámide y de la toga, del sayal y de la hopalanda, del calzón corto y del pelucon, que vistió sucesivamente, para ponerse la corbata blanca y el frac de los modernos *sabios de profesión*, que, encaramándose sobre las retortas y crisoles de la ciencia seriamente experimental, usurpando sus descubrimientos, desnaturalizando sus conclusiones pretendiendo concluir de lo físico á lo metafísico, nos anuncian como la *buena nueva* y el *moderno Evangelio*, predicando desde las alturas olímpicas del famoso *desden trascendente* la millonésima exhumación del corrompido cadáver del *Gran Pan*, comenzando en la invisible *Mónera* primitiva, evoluciona y desarrolla, y transforma, llenando los cielos y la tierra de todo lo que no sea Dios. (*Grandes y prolongados aplausos.*)

Pero confesémoslo, y confesémoslo con rubor, señores. Hay una diferencia, triste en verdad, en favor de las primitivas y en contra de las últimas manifestaciones del panteísmo. Los panteísmos religiosos de las épocas espontáneas del mundo antiguo, tomaban su origen, ex-

tinguida la luz de la antigua revelación, en la pequeñez corporal del hombre, en la grandeza primitiva del mundo, en la inmensidad, más imaginada que comprendida, de Dios. Por eso su fórmula consiste en "ver á Dios como alma del mundo." Mientras que los panteísmos ateos de las épocas reflexas del mundo contemporáneo, después de quince siglos de cristianismo toman su origen precisamente en lo opuesto: en la inanidad de la idea de Dios, en el dominio científico y material del mundo, y en la soberbia irresistible del hombre. Por eso su fórmula es: "ver al hombre en el mundo como Dios." En el antiguo panteísmo había, por lo tanto, que reconocer cierta aparente grandeza, que falta totalmente en el nuevo. El hombre ignorante sobre su origen, sobre su naturaleza y sobre su fin, débil y desnudo de todo poder ante las imponentes y grandiosas manifestaciones de la naturaleza, ante las maravillas y misterios de la creación en todo el esplendor y la exuberancia de su virginidad primitiva, creyó que el mundo era como el cuerpo de una divinidad que él miraba por la encendida pupila del sol, que respiraba por el soplo del huracán y hablaba por la voz horrisona del trueno.

El volcán que arrojaba torrentes de humo y de fuego á lo alto, la tierra que, estremecida en sus fundamentos, temblaba, el mar, el ancho mar que bramaba espumoso y enfurecido, le llenaban de religioso pavor ante la ira de la divinidad irritada; y las flores y las aves poblando de colores y de música las florestas, la brisa oreando y rizando la tersa superficie de los lagos azules, el coro armonioso de los astros girando acompasados y acordes por sus órbitas siderales en el augusto silencio de las noches serenas, devolvían la calma y la confianza á su espíritu ante la magestuosa sonrisa de su Dios, sin duda aplacado por sus sacrificios.... pero hoy... el hombre nacido del lado acá de la cruz, en plena civilización europea... el hombre del progreso y la tradición, el que ha subyugado y hasta esclavizado la tierra, el que roba y aprisiona